

Se ha muerto una diva: Zaha Hadid (1950-2016)

Bert Daelemans, SJ

Profesor de Teología Dogmática
Universidad Pontificia Comillas (Madrid)
E-mail: bdaelemans@comillas.edu

La comunidad internacional está en *shock* por la repentina muerte de la ganadora del Pritzker, Zaha Hadid (1950-2016). Esta arquitecta angloiraquí nacida en Bagdad falleció inesperadamente en Miami a los 65 años. Quizá solo entonces el gran público empezó a conocer su obra pionera y admirar su lugar único en un mundo de estrellas dominado por hombres. Fue la primera mujer en recibir el premio Nobel de Arquitectura, el prestigioso Pritzker, en 2004, hasta que Kazuyo Sejima lo ganó en 2010 junto con Ryue Nishizawa. Diga lo que se diga, Hadid era una visionaria, una atrevida y una luchadora, como hay pocos en el universo arquitectónico en la actualidad. En Europa la conocemos sobre todo por su puente-pabellón para la Exposición Internacional en Zaragoza (2008), su museo MAXXI en Roma (2009), su museo Riverside en Glasgow (2011), el Centro Acuático de Londres (2012) y, en construcción, su

estación de trenes de Afragola en Nápoles.

Su obra innovadora se caracteriza por la curva y por sus formas futuristas, como si sus edificios fuesen testigos, visitantes, recién llegados de un mundo distinto, diferente, nuevo, inquietante y aterrador y a la vez fascinante, atrayente y enigmático. Como si estos testigos de una mente creativa y transgresora anunciaran un mundo nuevo, definitivamente humano, pero nuevo, de una novedad insólita e inesperada, tan inadvertida como lo fue su propia muerte.

1. El lenguaje visionario de la arquitectura

Hadid llegó a crear un lenguaje propio, poético, lírico y sensual, algo inédito en medio de la solidez y virilidad que suele propagar nuestro entorno urbanístico. Su obra llegó como brisa fresca a una racionalidad rectangular.

Consiguió llevar nuestra imaginación hacia horizontes inimaginados e inimaginables, como olas, ecos fluidos, inacabados de un mundo radicalmente nuevo pero no alejado, no totalmente desconocido. Hay que decir que la función museística de muchos de sus edificios se presta para una visión futurista, antiséptica de las películas de ciencia ficción. Es cierto que en algunos detalles, comprobado en Zaragoza y en Roma, las grandes líneas y las grandes ideas dejan de encajar perfectamente, dando lugar a unas goteras que siempre manchan la tarjeta de visita de cualquier arquitecto estrella, pero que no quitan la razón a la visión amplia del papel de utopista y visionario que cualquier arquitecto debe mantener en nuestra sociedad.

Además, en Roma, uno se queda con la incómoda sensación de haberse perdido entre las líneas del paisaje futurístico, pero, de todos modos, esto podría haber sido la intención de la arquitecta. Tiene un concepto de la arquitectura como paisaje, flujo, río, corriente siempre inacabada, siempre en movimiento. Es su concepto, que ha podido elaborar en papel y en la imaginación durante años antes de plasmarlo en un edificio concreto y construido. Desde entonces hasta su muerte repentina, no

ha parado de construir y de diseñar, porque parece conectar con la mente de muchos de nuestros contemporáneos.

Hadid era pensadora, soñadora de grandes líneas y amplios espacios blancos, metálicos, curvados, fluidos, para acoger a masas de personas, a flujos de humanidad. Hadid creó para la humanidad, para hacer soñar la humanidad. Habló de un mundo nuevo, posible y acogedor. A su manera. Podríamos no estar de acuerdo con su manera, no gustarnos su estilo, pero en cualquier caso habrá que admitir y reconocer en ella a una de las grandes mentes de la contemporaneidad que han formado nuestra imaginación colectiva, apelando a nuestra capacidad de soñar y de jugar. Porque su obra tiene también algo de juego, mantiene algo de asombro infantil, de lúdico, que denuncia la seriedad de nuestro día a día. Hadid, y cada una de sus obras, toma el pelo a nuestro andar solipsista, autoreferenciado, que se toma tan en serio.

2. La visión esperanzadora

Hasta ahora, he alabado la novedad, la imaginación, el aspecto visionario, futurista y lúdico de la arquitectura de Zaha Ha-

did. Igualmente se podrían alabar sus joyas, porque también triunfó como diseñadora. Pero con todo esto no he aludido de la dimensión religiosa de su obra. En efecto, toda su obra es puramente secular y se mantiene alejada de cualquier religión o religiosidad. Esto no quiere decir que su obra no tenga, siguiendo a Tillich y a Rahner, una dimensión implícitamente religiosa o espiritual, que es legítimo resaltar sin la patética necesidad de cristianizarla, sin la deplorable recuperación exegética. Es decir, sin hacer una mala interpretación desde los presupuestos o la agenda del intérprete, leyendo en la obra lo que no hay o lo que no puede haber.

En efecto, aquí me muevo en el terreno movedizo de la interpretación, como corresponde al filósofo y al teólogo. Se nos pide ir más allá de una mera descripción o una presentación de la obra de un artista, a la cual uno tiene fácil acceso en cualquier periódico o revista más o menos especializados, aunque siempre lo mejor sería tener acceso directo a una de sus obras para formar su propio juicio. Efectivamente, el lector ha de juzgar por sí mismo si las reflexiones que siguen apuntan a una cierta verdad compartida.

Por lo tanto, con cautela, me atrevería a decir que muchos de los

valores indudables de la obra de Hadid, como son la novedad, el aspecto lúdico, la dimensión futurista e imaginativa, pertenecen, en clave cristiana, al campo de la escatología: una escatología que permite imaginar y soñar un mundo mejor, humano, no dislocado del nuestro, pero ya mostrando que tal mundo es posible. Es, seguramente, atrevido hacer este salto. Solo indico que ambas propuestas van en la misma dirección: no son ciertamente idénticas, pero se compaginan bien. Sobre esta base hemos de salvaguardar el mensaje estrictamente cristológico de la escatología cristiana, o sea, mostrar a la vez la continuidad del mensaje esperanzado de Hadid con la esperanza típicamente cristiana y a su vez indicar sus límites. Es un ejercicio de aproximación, de percibir a Dios en todo. No se trata de una crítica ni de una relativización o recuperación. Es un ejercicio de reconocimiento teológico, de reconocer las semillas del *Lógos* en nuestra cultura. El mensaje cristiano atraviesa todos los tiempos y también, como no, encuentra su *humus*, su terreno, en la contemporaneidad.

La obra de Hadid puede figurar como emblemática de nuestra mentalidad contemporánea por su insaciable afán de novedad. Si Oscar Niemeyer fue el vanguar-

dista del siglo XX, Zaha Hadid lo es ciertamente del siglo XXI. Ambos compartieron el mismo talento para criticar (léase, hacer avanzar) su tiempo con el lenguaje de su tiempo y experimentar buscando incesantemente la sensualidad lúdica, lúcida y líquida de materiales sólidos, robustos y recalcitrantes como el hormigón y el acero.

3. La superación de los límites

Su obra se sitúa en los límites de lo posible. Buscó los límites de todo: nada más postmoderno que este afán de superar los límites. ¿Podría haber algo perverso en tal búsqueda titánica, como si la mente humana superara todo por sus propias fuerzas? Sabemos bien que no es así. Cualquier obra cultural, literaria o arquitectónica –más aún cuando pertenece al ambiente público–, tiene el deber político de ir en contra de este afán alienante que aleja al ser humano de su humanidad. Si la obra de Hadid alimentara tal afán postmoderno sin aportar ninguna buena nueva, deberíamos descartarla como otro intento o experimento interesante pero fallido. Aquí estamos hablando desde el punto de vista del concreto universal durable, es decir, que vale para todos los tiempos, que se enraíza y

pertenece claramente a una época concreta, como son las pirámides de Egipto, las catedrales góticas o la Sagrada Familia de Gaudí.

Los edificios de Hadid desafían el triángulo clásico de valores arquitectónicos, que Marcus Vitruvius Pollio puso por escrito de una vez por todas: *utilitas, firmitas, venustas*. Toda obra arquitectónica tiene que llegar a un equilibrio que es a la vez funcional, sólido y hermoso, o sea, tiene que ser práctica, segura y estética. Hadid ha llevado al límite este triángulo, encontrando hermosura en curvas ondulantes, casi orgánicas que diluyen una división sistemática entre la puerta, la columna, el techo y la pared. A veces, el edificio ya no parece estar al servicio del individuo humano sino de una mente desencarnada, venida de otro tiempo, de un más allá. Uno queda siempre con una impresión que descoloca. Parece que el edificio no haya encontrado su sitio adecuado, queriendo salir de sus confines limitados, apenas ajustándose en su entorno, clamando liberación y libertad.

4. El sueño realizable

Zaha Hadid es otra de estas historias exitosas de ambición tan queridas por nuestra cultura oc-

cidental, de alguien que ha logrado su puesto en el panteón dorado, edulcorado y adorado, solo por sus propios méritos: cuento de hadas para nuestra sociedad autosuficiente que triunfa por sus propios esfuerzos. Es cierto, esta dama combativa se conoce sobre todo por su estación de bomberos en Vitra (1993); sin embargo, anteriormente, su obra era de papel, imaginativa y utópica. En sus últimos años, ha mostrado que este sueño es realizable.

Nuestra cultura necesita soñar. Nuestra sociedad, atrapada en las garras del monstruo poliédrico llamado dinero, ya no sabe soñar. Está necesitada de una imaginación escatológica, de una esperanza colectiva. Nuestro entorno urbanístico tiene un poder tremendo pero silencioso sobre nuestro bienestar o malestar, tanto que ni siquiera nos damos cuenta. Por ejemplo, no hay que ser un romántico para saber el bien que hacen los parques en las ciudades en cualquier nivel: social, cultural, familiar, personal y profesional. En este sentido, los edificios de Hadid son más que edificios que albergan y protegen. Ellos son mensajes apodícticos a nuestra imaginación. Curvas dramáticas, cinematográficas, casi operísticas que desbordan todo concepto de edificio, de una abrumadora per-

sonalidad en medio de un aburrimiento mudo.

5. El canto de los edificios

Paul Valéry, pensador francés, observó que algunos edificios, muy raros, muy exquisitos, “cantan” mientras que la mayoría está muda, aunque algunos pocos parecen hablar: maravillosa metáfora para describir un aura arquitectónica, una atmósfera que desborda e incluye, atrae e influye en nosotros. En este sentido, unos edificios tienen más poder atmosférico que otros porque presentan más personalidad. Unos son meramente interesantes, apelando a nuestra mente –Valéry dijo que estos edificios “hablan”–. Es cierto, nos “dicen” algo, un mensaje concreto, conceptual, que se puede separar de su soporte como el de una señal de tráfico o los apuntes de una asignatura. Una vez captado el mensaje, se puede descartar el mensajero. No obstante, en materia de formación, de *Bildung*, se trata de mucho más. En efecto, otros edificios, cada uno único en su especie, van más allá del hablar: “cantan” y apelan a nuestra imaginación y a nuestra sensibilidad. Nos llega un mensaje, menos conceptual, menos fácil de atrapar por la lógica racional, que ya no se puede separar de su

soporte. Mejor dicho: dejarse captar por el mensaje el cual ya no es un simple mensaje conceptual sino un mensaje de simplicidad sensual, paradójica, compleja y completa.

Por cierto, no hay que olvidar nunca que se trata de una metáfora. Cualquier edificio es físicamente silencioso, pero no todo silencio es meramente ausencia de ruido. Además, para que un edificio cante, o para que seamos capaces de captar su mensaje, tenemos que ser conscientes de que se trata de una relación que va más allá del sentido utilitarista y consumista. No son objetos a nuestra disposición, sino objetos que reúnen en sí, entorno a sí mismos, valores más allá de lo útil y de lo inútil, más allá del bien y del mal. Una obra humana como un edificio nunca habla o canta por sí mismo sino siempre lo hace para nosotros. El concepto “hablar”, “cantar” o “estar mudo”, siempre implica un sujeto capaz, disponible y abierto que escuche. Por lo tanto, la relación está siempre influida también por el sujeto entendido como un oyente y su capacidad o disponibilidad de escucha.

Pongamos un ejemplo para aclarar esta metáfora valeriana. Hay monumentos conocidos, como el Lincoln Memorial en Washington D.C., el monumento a Vittorio

Emanuele en la piazza Venezia en Roma y el Valle de los Caídos cerca de El Escorial, que tienen un mensaje claro, como el de alabar a un líder político, aunque este mensaje recibirá acogida distinta, si no opuesta, dependiendo de quien escuche, de su nacionalidad y de sus intereses políticos. Además, estos monumentos “cantan” este mensaje de una manera indisoluble de su soporte, causando reacciones vivas (más allá de lo meramente visual y conceptual) en el sujeto-oyente. Este mismo efecto, en mayor o menor grado, lo tiene cualquier edificio, en una gradación que va de cero (edificios “mudos”) hasta la máxima densidad e, incluso podríamos decir, personalidad (edificios que “cantan” y, por lo tanto, encantan). En este sentido, se podría entender que el Guggenheim de Bilbao, la Alhambra de Granada y la Sagrada Familia en Barcelona son edificios que “cantan”, aunque tengan un canto que sea en cada caso muy distinto y distinguido, y cada vez indisoluble del soporte material y del sujeto-oyente.

6. El afán por la novedad

Para muchos críticos de su obra, Hadid representa lo peor de la postmodernidad: un afán incansable de lo novedoso e inédito, de

una expresividad individual donde la forma predomina sobre la función, la estética sobre la funcionalidad, con un estatus de celebridad que hace que cada gobierno local y municipal parece necesitar su “Hadid”, su “Calatrava” y su “Foster” para poder existir en el mapa contemporáneo. Como visionaria, no siempre cuidaba los detalles de sus obras, o de la condición de sus obreros, detalles que no son detalles para arquitectos con sensibilidad detallista como un Peter Zumthor o un Luis Barragán, por ejemplo y/o por antonomasia. Ellos, hasta en los detalles, hasta en las fibras de la materia, se muestran fieles a la materia, *con-formándose* con ella sin conformarse. Es como si escucharan el susurro de la materia y solamente siguieran su fundamental orientación en una colaboración inédita con la naturaleza. Para poder entender su arquitectura, hay que vivirla, no mirar fotografías de su obra –esto es siempre un excelente punto de partida, desgraciadamente pasado por alto la mayoría de las veces–. Solo miradas expertas, ejercitadas, transitadas por la experiencia arquitectónica, siempre sinestética, saben leer reducciones fotográficas en su debida dimensionalidad múltiple, completa e íntegra.

En este sentido, Hadid resulta mucho más racional y conceptual.

Quizá diseñaba más para la visión que para la piel, un sentido arquitectónico un tanto olvidado, desapercibido, pero que se despierta en cada visita a la Alhambra, a cualquier obra de Zumthor o a cualquier claustro cisterciense, donde la piedra, la ruda piedra, nos dice algo más allá de la iconografía de sus capiteles que apela a la mente. Lo que la materia es capaz de transmitir, sobre todo la materia organizada, construida, erigida por una imaginación humana, es una religiosidad mucho más fina, delicada, pero más común también, más universal, más implícita, difícilmente recogida en palabras.

Por contraste, cualquiera que haya visitado uno de los logros emblemáticos de Hadid, siente que allí estamos en otro universo, distinto, novedoso, nada natural. Es como si la naturaleza con su concreta materialidad se hubieran difuminado, abstraído, escapado, estilizado y destilado. Hadid ha creado un universo diferente, menos o más humano, según nuestro punto de vista, de grandes líneas y no tanto de detalles, de sensualidad formal y no tanto material, de formas fluidas y no tanto sensibles. Es legítima tal opción. A nosotros queda la tarea de entender las diferencias, de saborear los caminos distintos para llegar a

una experiencia semejante, la de ser llevado más allá del materialismo de “aquí” y “ahora”, sin salirse de estos. Es la paradoja buscada, una y otra vez, por la mejor arquitectura de todos los tiempos. Una paradoja que llamo escatológica, porque sabe hablar del más allá, y aún más, sabe transportar al más allá, sin salirse del más acá. Es la misma paradoja que busca cualquier forma de arte que merece tal nombre. Si esta paradoja pierde uno de sus polos, o sea, si solamente nos llevara al más allá, olvidándose del más acá, sería un engaño momentáneo, un engaño entretenido que buscamos en los fines de semana, en los cines, en los lugares de ocio, para no tener que pensar en la laboriosa monotonía del día a día. En este extremo, el arte sería, en efecto, un engaño. Por otro lado, si un edificio solamente fuera funcional y materialista, ofreciendo un techo sin apelar a la imaginación, no saldría del más acá. La mayoría de nuestro entorno urbanístico es así de básico, y no pasa nada: son los edificios “mudos”, en la categorización de Valéry. Frente a estos edificios, está claro, la obra de Hadid y de cualquier arquitecto digno de este nombre va mucho más allá y apela al ser humano en su integralidad y a la humanidad entera: cuerpo y alma, con sus necesidades corporales, materiales,

físicas y psíquicas, sociales, culturales, imaginativas y religiosas (en sentido amplio y/o concreto).

* * * *

La obra de Hadid, tanto la imaginada como la realizada, nos deja con la pregunta que cada uno debe responder por sí mismo: ¿Sus edificios pertenecen a un mundo imaginario solipsista que solo ella era capaz de entender? O, ¿también están enraizados en nuestro mundo, con capacidad de llevarnos más allá, sin dejar de amar más este mundo concreto en el cual vivimos? En otras palabras, ¿son capaces de fomentar nuestro deseo de encarnarnos en este mundo concreto para llevarlo más allá de sí mismo, pero no sin él? Si es así, entonces coincidimos en algo con el sueño cristiano para nuestro mundo, sueño de esperanza escatológica que sabe rezar como si todo dependiera solo de Dios a la vez que actuar como si todo dependiera solo de nosotros mismos.

Finalmente, su historia nos ayuda también a tener muy claro el papel limitado pero esencial de la dimensión humanista del arquitecto. Es capaz de ayudar a la construcción de un mundo mejor, no a una construcción egocéntrica en honor de uno mismo sino al de

Se ha muerto una diva: Zaha Hadid (1950-2016)

una humanidad en progreso hacia un futuro mejor, que no olvida los detalles, que busca en los límites, en las fronteras, en los márgenes un espacio para vivir para todos. Crea espacios para la imaginación y para el cuerpo, tanto individual como social. Esta es la humanidad que buscamos, y si el arquitecto está de verdad llamado a hacer de este mundo un mundo mejor, tiene que incluir este mensaje, tiene que cantar con todas las fibras de su ser y de su obra este mensaje, esta buena nueva de es-

peranza. Si esta visión nos lleva hacia adelante, hacia un mundo mejor, ya no importa si tal mensaje es explícitamente cristiano o no –aunque, lo sabían tanto Rahner como Tillich–. Ayuda con firmeza tener a mano algunas obras explícitamente cristianas para poder reconocer en las implícitas o anónimas una intuición que apunta en la misma dirección, o sea, para poder valorar y apreciar sus límites y sus fuerzas en un mundo que, a menudo, apunta a otra dirección. ■

SALTERRAE

Elisabeth A. Johnson

Rico en misericordia

*Teología al servicio
del pueblo de Dios*


SALTERRAE

*Presencia
Teológica*

ELIZABETH A. JOHNSON

Rico en misericordia

*Teología
al servicio del pueblo de Dios*

344 págs.

P.V.P.: 25,90 €

Rico en misericordia reúne 24 trabajos de la teóloga norteamericana Elisabeth A. Johnson. El subtítulo del libro expresa claramente el lazo que los une: *Teología al servicio del pueblo de Dios*. Al desarrollar cada uno de los temas, la autora compagina pensamiento crítico con una actitud de sincera adhesión a la fe cristiana. Su utilización de las fuentes –textos del Antiguo y del Nuevo Testamento y testimonios de la tradición cristiana– es directa, evita el exceso de sutilezas mentales y busca sobre todo la recuperación del sentido religioso y humano de los conceptos teológicos analizados.


LOYOLA
GRUPO DE
COMUNICACIÓN

Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
